

amigo y Señor Sebastián). Y del carro  
triumfante de Cupido tirarán Gochicoa  
y Villada, Pedro y Soaquín Baraufla, los  
hermanos Barroso, Justino Jerváñez  
y..... Pero hombre, ¿en que consiste  
que nuestra generación se ha de-  
gradado? Oh! ¡virtud! ¿serás tú  
solo mi fantasma? .....

Y después de una pausa co-  
mencé con sarcástica aspereza:  
— El motor de esa evolución no  
ha sido el vapor, ni la imprenta,  
ni la electricidad, ni el fonógrafo...  
..... Ni Fulton, Sutterberg y Edison  
tienen vela en ese himeneo (o en-  
tierras, como tú quieras llamarle). Ha  
sido sencillamente una mujer!  
..... una mujer!..... una mujer!.....

Y concluí en tono rumbón:  
Lo que soy yo, trato con respeto hasta  
la criada de mi casa; ¿quién sabe si ma-  
ñana será la mujer de algún Presidente de los Estados Unidos!

# Cordón sanitario

## XIV.

Las enfermedades morales suelen  
ser tan infecciosas como la viruela negra  
y el cólera morbus: el inquisidor que  
prohibió en España los cuentos de  
Boccaccio, procedía con tanta justi-  
ficación como la autoridad que  
en nuestros días establece las cuarentenas  
a los buques infestados.

Nadie tiene derecho a corromper  
física ni moralmente.  
Obedeciendo a esa ley higiénica de  
la propia conservación, procedí a esta-  
blecer un cordón sanitario entre mi  
domicilio y la correspondencia que recibía  
de México: todas las cartas procedentes  
de mi patria sufrían la fumigación de  
manos de mi secretario Espinosa. Las

que en el sobre traían la letra de los  
herdistas mis amigos, iban a dar al  
fuego sin juicio ni apelación.

De letras pudieran haberme con-  
tagiado: no impunemente se pasa por  
un lugar infectado.

Espinosa tenía orden de pa-  
sarme todas aquellas epístolas que  
tuvieran un sello extranjero, lo mismo  
que la de introducirme a los ex-  
tranjeros que desearan visitarme.

Una mañana, después del al-  
morzo, se presentó en mi estudio el  
maître d'hôtel con una carta certi-  
ficada en la mano.

¿Será que el Sr. Romero Rubio  
insiste en escribirme? Pensé yo no  
sin profundo disgusto.

Mas vi el sello de la misiva  
y me tranquilicé: tenía tintos pos-  
tales de la Habana.

Vamos! Vamos! ¿qué contendrá esto?

Y abrió la carta, con temerosa in-  
quietud. Decía así:

"La Habana, Julio de 1881 - Sr. D. Sebastián  
Herdo de Fajada Nueva York - Muy respe-  
table y distinguido Señor: Le diría  
que después de 14 años, Sr Herdo, V. el ven-  
cedor de entonces y yo el vencido de  
aquella época, nos hallamos en  
análogas circunstancias en el extranjero.  
A Ud. por defender la libertad se  
le llama un tirano; a mí por de-  
fender la religión se me llama un  
traidor. Si Ud. andaba atinado en  
sus opiniones y yo errado en mis  
creencias, el resultado ha sido el  
mismo: el destierro."

"En nuestro destino final exis-  
ten singulares coincidencias, siendo  
una de las más extraordinarias la  
de que el hombre que causó la ruina  
de Ud., fué escogido por la Divina  
Providencia para salvarme la vida.

ya Ud. comprenderá que me refiero al Sr. Gral. Díaz, personalidad la que después de Dios, y de la memoria de mi Emperador Maximiliano, venen sobre todas las cosas. Entiéndase que esa veneración no llega hasta privarme del derecho de quejarme y de decir verdad, quejas y verdades que fundamentalmente leerá en la presente!"

"Me viene á escribirle á Ud. y de preferencia á ningún otro de mis correligionarios, dos razones especialísimas siendo la primera la condición que tiene Ud. de proscrito y ageno ya, á lo que sé, á las cosas de México, y la segunda, su calidad de reformista avanzado y nada sospechoso á los hombres de su partido. Porque lo que tengo de decirle, sancionado con su opinión (si llegara á publicarse), tendrá la noble fuerza verídica que mi dicho no alcanzaría ais-

ladamente, y menos confirmado por alguno de los antiguos conservadores del 59 que todavía existen."

"Si diera V. á luz alguna obra con respecto á la intervención francesa, esta coincidencia, que más bien una Confesión, podría servir de base, si no histórica, si deductiva para apreciar algunos de los sucesos que se verificaron antes y después del sitio de México. Como quiera que estoy escribiendo un libro abundantemente descriptivo de ese sitio, me abstengo de comunicarle á Ud. detalle alguno, y solamente paso á revelar el hecho capital de mi fuga de aquella Ciudad, para que Ud. lo comente, anote y archive entre sus papeles, si lo considerare de interés público."

"Los periódicos del Sr. Díaz han esento mucho de la llamada traición

de mi subordinado el Coronel López; ¿por-  
qué no han dicho una palabra de mi  
escapatoria de México?"

"Pero Ud. estará impaciencia, Sr.  
Berdo, y no quiero abusar de su com-  
placencia: lea Ud. si a bien lo tuviere."

"Plaza sitiada, plaza tomada,  
decían los antiguos soldados y con  
ellos nosotros. Pero bien mirado, esto  
no pasa de ser una frase que la  
rutina elevó a la categoría de aforismo;  
son más los sitios que se han le-  
vantado que las plazas que se han  
tomado, desde el de Saint Jean d'Acre  
por Bonaparte hasta el reciente  
de Paris. El asalto, así como la  
defensa de una plaza, no es  
cuestión de ciencia. La verdad del  
principio geométrico que encierra es  
indiscutible. Dentro de la plaza de  
México tenía yo a mis órdenes  
multitud de oficiales austriacos y

belgas, científicos en su mayor parte,  
y cuyos conocimientos en estrategia,  
definitivamente maravillado las más veces;  
es cierto que no estaban bien pagados  
ni mucho menos, pero habían con-  
servado entero el espíritu de dis-  
ciplina. Del lado del General Díaz  
no había más de guerrilleros y chinacos,  
muy útiles para el terreno a  
campo raso, pero del todo inútiles  
y pestíferos en un sitio en regla.  
En consecuencia, pude prolongar el  
sitio hasta el mes de Agosto, de  
no ser por una grave deficiencia sur-  
tida entre mí y el Sr. Favera. Y las  
cosas llegaron a tal punto, que  
temí un movimiento anárquico  
dentro de la misma plaza. Estando  
en estas violentas circunstancias, re-  
cibí un mensajero con una carta  
del Sr. Díaz, en cuya carta el jefe  
sitiador me ofrecía toda clase

de garantías siempre que le acordara una entrevista para tratar de la capitulación de la plaza. Pasaba esto el día 5 de junio de 1867. Respondió que me era imposible la entrevista personal, pero que me escribiría cuanto deseara siempre que no se tratara de una capitulación. El día 6, en la noche, tuvo lugar un acontecimiento que cambió, sin embargo, mis anteriores propósitos. Estando yo en mi alojamiento con el General Vidaurri y otros oficiales superiores, se escuchó un resaca de fuego de las torres de Catedral, siguiéndole los otros templos, a la vez que se oían cohetes, músicas y otras muchas muestras de regocijo. Era las nueve de la noche cuando esto pasaba; y como yo tenía ordenado que no se hiciera ninguna manifestación pública sin

mi permiso, alarmóme la algarazara y temí que el enemigo hubiera pasado las líneas fortificadas por medio de una traición. Salimos rápidamente a la calle yo, Vidaurri, el Coronel austriaco Don Breker y el Comandante Villeneuve. La causa de ese alborozo, bien pronto fué sabida: el General Favera había recibido pliegos especiales participándole que el sitio de Querétaro había sido levantado y otras mentiras semejantes. Y sin contar conmigo ni inquirir la certidumbre o falsedad de esas nuevas, dióles todo el vuelo posible con el fin de alentar y desalentado espíritu de las tropas y de la población. Originóse de esto una seria disputa entre el General Favera y yo a quien encontré en la puerta del Hotel "Turbide rodeado de algunos ayudantes."

"El día 8 fuí á recorrer las fortificaciones, encontrando á nuestros Soldados perfectamente desalentados; ese mismo día, en la tarde, recibí otra carta del Gral. Díaz, no tan apremiante como la anterior, sino que más blanda y llena de promesas tentadoras. El General me proponía abiertamente una entrevista, la que acepté bajo condiciones que en esta carta no me es posible revelar. Pactadas las garantías de una y otra parte, celebróse á las once de la noche en el punto que se llama Romita, la acordada entrevista. Don Porfirio vestía dormán azul y bota Federica; nos estrechamos las manos, sentándonos en un banco de madera situado á dos pasos de la zanja. El General me habló de la precaria situación que guardaba el Imperio, del triunfo de las armas re-

41  
publicanas en toda la República y de la próxima ejecución de Maximiliano. Dijo que don Benito era un hombre descorazonado y sanguinario, que sus enemigos no hablarían piedad en él, y que no era tan liberal como se lo imaginaban; que la mitad del ejército era Anti-juarista, y que aun el mismo no simpatizaba con don Benito, pero que le obedecía por evitar disturbios en el partido republicano; que Juárez y sus ministros, finalmente, durante la intervención, no habían hecho más que correr en coche de aquí para allá, escribiendo alabanzas propias á los periódicos extranjeros que les atribulan toda la gloria de la campaña."

"Entrando de llano en la cuestión, dijo que si se tomaba la plaza sería yo fusilado, irremisiblemente, tan grande era el odio que me